y otras advertencias tan comedidas como estas, que sufrí con paciencia por no dar un escándalo.

Y á cada barbaridad nuestra, las muchachas se tapaban la boca con el pañuelo y reian hasta desternillarse, y los hombres hacian otro tanto volviendo la cara para otro lado.

Al acabar el primer número, el pollete, que no me perdia pisada, como si le importara un comino que yo bailara como una bayadera 6 como el oso de la fábula, dió un fortísimo resoplido, como quien tira una carga muy pesada, y sonando las manos puso fin á la música exclamando con efusion:

-¡Vaya! ¡Bendito sea Dios!

De buena gana le hubiera hundido las narices de un bofeton, pues aquella nueva expansion suya provocó la risa mal contenida de la concurrencia.

—No le parece á vd. que nos sentemos? dije á mi compañera por lo bajo, sudando á cántaros y mordiéndome las uñas.

—¡No faltaba mas!—me contestó ella subiendo los hombros y cruzando los brazos con satisfaccion, al tiempo que se sentaba muy caripareja.—¿Qué obligacion tiene uno de saber bailar?

—Es cierto que ninguna—insistí yo—pero se tiene de no pretender hacerlo cuando no se sabe.

Los concurrentes nos seguian mirando, y la vergüenza hacia que yo sintiese que me engrosaban las mejillas y que me subian vapores.

Como el primer número, salieron los demas, pues yo, que me propuse salir con bien de todos ellos, porque mal que bien sabia bailar las malhadadas cuadrillas, me encontré con que aquellos bailarines las habian adornado de tal manera con mil vueltas y revueltas, que era imposible aprenderlas de un vistazo.

En el engaño, la muchachita de los doce años, que ya habia perdido la vergüenza que tuviera al principio, y que bailaba, por cierto, divinamente, me dejó ir con toda serenidad, y cuando iba yo andando de lado como un cangrejo, doblando las piernas con mucha gracia, y llevando el compas de la música con un movimiento de cabeza que parecia que iba diciendo que sí, y cuando con una sonrisa que queria decir "mal rayo te parta!" le tendí políticamente las manos para llevarla al lado de su compañero, dió violentamente la media vuelta, y me dejó plantado en medio de aquellas desnaturalizadas gentes que tornaron á la risita de costumbre.

—¡Lluevan desdichas! dije para mí, y seguí bailando hasta terminar la figura.

En seguida se bailó el solo, y allí tuve mirato de diversion á pesar de lo mal humorado que estaba, porque cuando le llegó el turno, salió mi vieja zarandeándose de lo lindo, y yendo y viniendo á derecha é izquierda, con un salero y un garbo que era lo que habia que ver, y esto en medio de las palmadas de los doce varones que formábamos la mitad del grupo.

Llegó á donde esperábamos la pareja contraria y yo, y queriendo hacer una cabriola muy superior á sus fuerzas, hizo un molinete y cayó desplomada cuan larga era.

Acudimos á levantarla creyendo que le habia dado algun accidente, y con sorpresa vimos que sonreia de buena voluntad, y que asiéndose de la mano que le ofreci, siguió con mucha fresca y como si tal cosa, aunque cojeaba un poco.

di-

Es malo alegrarse del mal del prójimo; pero en aquellos momentos sentí una satisfaccion interior, un bienestar tan grande y una alegría tan completa, como nunca espero volverlos á experimentar, al ver que en algo habia pagado aquella muger los atroces martirios que me causó sacándome á bailar.

Saboreaba todavia mi triunfo, cuando el pollo de las advertencias, el descastado muchacho que habia sido mi Cabrion durante las cuadrillas, y que la daba de gracioso, dijo con una voz de gallo-gallina:

Solo de hombres sit appressor de sob

Aquello fué mi toque de agonía, mi sentencia de muerte y todo lo que vdes, quieran, y sentí que las piernas me temblaban, haciendo un redoble con los tacones.

El solo de hombres es la mayor de las groserías que hayan podido discurrir los cerebros peor intencionados, y solo algun pollo ridículo que tiene pretensiones de buen bailarin, ó que cree que todo lo que hace le cae en gracia por ser muy simpático para las muchachas, puede atreverse á semejante cosa sin que se le caiga la cara de vergüenza.

Los músicos repitieron el cuarto número de las cuadrillas, y al llegar al solo, sustituian la parte correspondiente con algun sonecito del país, como la *Media muerte*, *El perico*, *La sarna*, *El jorobante* ú otra simpleza por el estilo.

Allí sí que los hombres tenian que bailar el son que se les tocaba, y avergonzados y como Dios les daba á entender, procuraban desempeñar su cometido con la mayor gracia posible.

Nos llegó el chubasco á los de los costados, y la pareja contraria tuvo que empezar.

Yo, entre tanto, meditaba el modo de salir mejor del apuro, y me puse á observar lo que hacia el jóven de los cuarenta y cinco años.

La música tocó la "media muerte," y el jóven, despues de pensar un rato, se vino hácia nosotros dando saltitos con el cuerpo agra-

rotado y como si fuera de una pieza; los del grupo rieron, y seguí yo con mi pareja, con la galopita de estilo, para dejar á la compañera al lado del varon de enfrente.

lta

di-

Me volví solo á mi sitio, y un vahido oscureció mi vista, y oí que la sangre se me agolpaba á la cabeza como un bramador torrente.

La música tocó "los enanos," y yo me quedé como tonto en vísperas.

Entonces el muchachito que me habia hecho rabiar toda la noche, me dijo enfadado:

Ande vd., hombre, no haga vd. mala obra, que por vd. nos detenemos!

Pero si no sé cómo se baila esto—le respondí.

-Así, mire vd.

Y el muchacho se puso en cuclillas y empezó á sacar un pié despues de otro, levantándose un poco.

Me hice el ánimo. Cerré los ojos, y colocándome en la incómoda postura que me habia enseñado mi gratuito maestro de baile, comencé á extender las piernas á uno y otro lado, con tal furor que rayaba en frenesí.

A los tres ó cuatro saltos que dí en aquella forma, los oidos me zumbaron, sentí que mis ideas se extraviaban y me desaté en un torrente de brincos, cabriolas y contorsiones á cual mas ridículos é inverosímiles; dancé y salté sin conciencia de lo que hacia, llevado de un sentimiento que nunca habia experimentado, é impulsado por una fuerza extraña que me era imposible contrarestar. Aquello era el vértigo, el delirio, la locura; eran el rencor y la burla mas sangrienta, lanzados contra mí mismo. Y hubiera permanecido saltando hasta la consumacion de los siglos, si una salva de aplausos espontánea, unánime, atronadora, acompañada de bravos entusiastas, no me hubiera venido á despertar de aquel acceso.

Cuando cesó la música caí desfallecido en una silla, y un murmullo sordo se dejó oir en toda la sala.

Los concurrentes celebraban mi habilidad; y mi compañera, acercando su cara á la mia, me dijo:

—¿Qué dice vd., picaron? Y decia que no sabia bailar!

—Era para causar mayor efecto, le respondí con una sonrisa amarga, y pudiendo apenas respirar.

Cuando acabaron las cuadrillas, todos aquellos imbéciles que veian un dios en el baile, me miraban con ojos alelados y con cierto respeto por mi superioridad. Yo habia causado sensacion.

Un jóven de aquellos entró á la recámara siguiendo á mi pollo, y á poco salieron trayendo los azafates con el ponche, y las rebanadas de pan y de queso.

Entre tanto yo conversaba con la señora de la casa, quien seguia importunándome con sumplimientos sándios, y vulgaridades insoportables acerca de mi supuesta habilidad coreográfica.

Los que repartian el refresco, atormentaban sin compasion á las pobres muchachas haciéndolas tomar por la fuerza grandes copas de aguardiente, y reservando el ponche para las señoras mayores que se ponian en las faldas una buena porcion de pan y queso.

Al acercarse los repartidores á donde yo es-

taba, lancé una mirada de hiena al muchacho consabido, y apretando los puños, pregunté en voz baja á mi compañera:

—¿Me quiere vd. dar razon, señora, para que convidan á estas tertulitas á muchachos tan ordinarios y faltos de educación como ese?

-Si no se le convidó.....

—¡Cómo no! ¿Luego ha venido con alguna familia amiga de vd? Pues debe vd. darle las gracias.

—No ha venido con nadie—me contestó la señora poniendo la cara muy fea y con la voz temblorosa por la cólera—porque ese niño es mi hijo para lo que vd. guste mandar, y si ha ce groserías, está en su casa y puede hacer lo que le dé su mucha gana.

Al oir esta respuesta me mordí la lengua, y para enmendar mi yerro le dije poniéndome como una amapola:

\_\_\_Luego los dos jóvenes son de vd?

-¡Cómo los dos!

Es claro, el de vd. y ese de quien le hablo

—¡Ah! no, ese es hijo de una amiga mis, que no sabe educar á sus muchachos.

Ya se conoce.

La música empezó á tocar un lindísimo wals de Straus, y las parejas empezaron á levantarse.

Las muchachas que no habian bailado todavia, se deslizaron hasta la orilla del asiento, como diciendo á los hombres que se acercaban: "alto, amiguito, que yo no lo he probado esta noche;" pero ellos iban en busca de sus compañeras, y dejaban burladas á aquellas infelices que sufrian el suplicio de Tántalo.

A poco rato, las parejas giraban con una rapidez vertiginosa, y la atmósfera se convirtió en una niebla de polvo de ladrillo y suela de zapato.

Entonces pude observar á mi sabor la concurrencia, é informarme de quienes la componian, sirviéndome de cicerone la dueña de la casa.

De los datos biográficos que me proporcioné, solo pude sacar en limpio que yo no conocia á nadie, y que los hombres, unos eran dependientes de abarrotes, otros peluqueros, otros estudiantes de medicina, y otros, en fin, nada entre dos platos, teniendo la honrosa y lucrativa profesion de vagos.

Las mugeres eran todas hijas, mugeres, hermanas ó sobrinas de otros de igual categoría, y se hallaban como el pez en el agua en aquella reunion homogénea por mas de un título.

En el wals hubo pisotones, roturas de vestidos, mas de un "Vd. dispense," mas de un "No hay de qué," y mas tambien de un regaño de las mamás, que veian romper el vestido de sus hijas, con mas dolor que si les rompieran la crisma.

En lo restante del baile tuve ocasion de ver lo siguiente:

Un enamorado doncel, que se cosió al cuadril de su Dulcinea y charló toda la noche con ella, casi en alta voz, ponderándole la fuerza de su infinita pasion, con todas las exajeraciones mas ridículas que puede discurrir un adorador de Cupido, y faltando uno y otro á la concurrencia con el mayor descaro.

Un casado alegre de corazon, que se abono con una de las hijas de la viuda larita, hasta que la muger ofendida empezó a hacer cara de sargento primero y arrimó un par de pellizcos al marido, que le hizo ver las estrellas.

di-

Un estudiante de medicina que regañó á una pobre muchacha poniéndola de grosera y mal educada, que daba compasion verla, porque salió á bailar con otro la pieza que habia ofrecido al estudiante.

Y por último, ví venir hácia mí un indignado jóven, que encarándoseme con altanería, me llamó al órden con palabras poco decentes, porque dizque yo estaba haciendo á su novia telégrafos con los ojos, cuando solo procuraba despabilarme del sueño que me acometió despues de la media noche.

Entonces, deseando poner término á aquella noche toledana, propuse á Clarita que nos retiráramos de aquella casa que habia sido para mí un potro de tormentos; á lo que ella accedió con gusto porque tenia sueño, y las muchachas, á regaña dientes porque querian seguir bailando.

Pidieron sus abrigos, y el muchacho hijo de la dueña de la casa dijo que no los daba eda anung some an an anung some some anti-

ALT BELLESO, BUT THE COMP WILL WIND WIND

supplying the swift may have an an ing supplying

nimob & di necisto se coproq estada de la la la dermina

THE STATE OF THE PROPERTY OF T

an introduction became for the contraction of the aution of the aution of the section of the sec

menges lab evolt at pinking all of each an

elta

idi-

porque todavía era muy temprano, y que ademas, se habia perdido la llave del zaguan.

Esta grosería me sacó de mis casillas, y la supliqué de muy mal humor que los entregase á las señoras porque se querian ir á dormir y yo no podia desvelarme mas.

El muchacho, convencido por el tono agra de mi súplica, nos llevó á la recámara para que las señoras tomaran sus abrigos, pues é no los conocia, y mis acompañadas se echaron á buscar entre una montaña de ellos que se habia formado sobre una cama.

Pronto los encontraron; pero yo mas desgraciado que ellas, no pude hallar mi sombrero entre todos los que había allí mismo, porque un concurrente que se retiró del baile antes que nosotros, había reemplazado el suyo, que era viejo y sucio, con el que á costa de economías me acababa de comprar la semana anterior.

Dí por bien empleada aquella pérdida, re signándome á llevar el sombrero viejo con tal de salir de aquella casa maldita, que habis side para mí un infierno continuado.

EL NOVIO CASERO.

or our solla of minimeral law some smoothed

- HARLY THE STORE OFFICER ALLE

Tan, tan, tan!—Llama un jóven envuelto en un gaban color de castaña, al cancel de una vivienda en una casa de vecindad.

Proposition and an arrange of the design and the de

—¡Allá van! ¡Allá van!—responde en el interior una voz gruñona que se acerca.—Qué hombre tan imprudente!—continúa abriendo la puerta, y quedándose boquiabierta la propietaria de la voz al ver al visitante.

—Dispénseme vd.—añade—pero yo creia que era el aguador.

-Buenos dias, Ursulita.